



LA PERFECCIÓN DE LA GUERRA

ESTÁBAMOS á punto de no saber qué hacer de nuestra admiración.

Podía pensarse que se acercaba el fin del mundo, como quien dice, ese momento en que, cayendo por última vez el telón, les dice á los espectadores: « Amigos míos, esto se acabó ».

Podía sospecharse que habíamos llegado á la plenitud imposible del progreso indefinido, en atención á que ningún suceso extraordinario venía á señalar un paso más en la marcha majestuosa de la civilización en que vivimos.

Parecía que se había agotado el tesoro de los prodigios, que se había leído la última página del libro de las maravillas humanas, que el hombre, en

fin, dios de esta creación, se había cruzado de brazos, como quien dice: «Todo está hecho».

Cuando todo está hecho, ya no hay más que hacer; y cuando todo está visto, los ojos son completamente inútiles, y no queda más recurso que cerrarlos.

Tal era nuestra situación.

Nada nuevo ni nada extraordinario venía á decirnos: admiraos, esto es, alzad los ojos ante esta nueva maravilla; arrodillaos ante el último prodigio que acaba de salir de las manos del hombre; doblad la cabeza ante este imposible realizado por el poder de la ciencia, de la industria ó del arte, cuando la voz imperiosa de la fama esparce por el mundo una nueva celebridad y un nuevo invento, maravilla que indudablemente ha de llenar de admiración y de gratitud al mundo civilizado.

Esta vez la voz no ha salido de la vieja Europa, pues viene á iluminar el mundo moderno desde las apartadas regiones de la virgen é inocente América.

Por una coincidencia singular, cuyo secreto no está á nuestro alcance, el prodigio humano que llama á las puertas de nuestra admiración, viene del Norte de América, como antes vinieron del Norte de Europa los bárbaros que se hicieron dueños del mundo entonces conocido.

Atila, al cabo de tantos siglos, vuelve, digámoslo así, á estar á las puertas de Roma; pero repito que esta vez no viene del Norte de Europa, sino del

Norte de América, ni trae en la mano aquella terrible espada, terror de Italia, ni cabalga sobre aquel memorable caballo cuyos cascos herían la tierra, condenándola á esterilidad perpetua.

Donde el caballo de Atila estampaba su planta, no volvía á nacer la hierba.

Atila es hoy otra cosa; es todo lo contrario: aquél era la barbarie, éste es la civilización; aquellas eran hordas, éstas son ideas; aquéllos eran pueblos hambrientos y salvajes, éstas son sociedades civilizadas y ricas.

La diferencia que existe entre uno y otro es la que hay entre una espada y un fusil; entre uno y otro Atila se levanta, como un mar de fuego, la invención de la pólvora.

Aquél era el acero, éste es el plomo; el primero era el brazo, el segundo es la cabeza.

El procedimiento de aquel bárbaro era lento, pesado, feroz; su espada tenía que destruir golpe á golpe; él mismo tenía que ir á buscar á su enemigo para degollarlo cuerpo á cuerpo.

¡Qué horror! Las guerras eran interminables.

El hombre empapaba sus manos en la sangre de los hombres; era imposible matar sin que la sangre del vencido no salpicara la sangre del vencedor.

Todo eso ha ido desapareciendo poco á poco, y estamos dándole la última mano al sistema breve, pronto y culto de matar sin que las manos se manchen de sangre.

El culto ingenio del hombre civilizado acaba de

poner este adelanto casi en los límites de la perfección.

Un yankee nos acaba de hacer felices, y viene del Norte de América á Europa á recoger los testimonios de admiración que hay decretados para honrar la memoria de los grandes hombres que se han consagrado al servicio de la humana especie.

La fama, que todo lo averigua y todo lo dice, no nos ha comunicado aún el nombre de este ilustre yankee; pero debe por hoy contentarse nuestra curiosidad con saber que es ciudadano de la gran república.

Este yankee ha inventado....—descubrámonos antes de pronunciar la luminosa palabra....—ha inventado un fusil.

Hablemos seriamente, en atención á que con los fusiles no se pueden gastar bromas, porque se cargan.

Ahora abramos la boca para oír, con señales visibles de admiración, la primera circunstancia maravillosa de tan insigne prodigio.

Este fusil tiene un alcance de mil metros.

Asombrémonos : un poco más, y la bala de ese fusil llega á dar la vuelta al mundo.

Este instrumento civilizador se carga por la culata, y los cartuchos, depositados previamente en una cámara que sabe perfectamente su oficio, pasan al cañón con tal rapidez, que pueden hacerse treinta disparos por minuto.

Los que no están en los secretos de la civiliza-

ción; los que, por lo tanto, no sepan apreciar todo el alcance civilizador de esa admirable máquina, es posible que pregunten :

—Y bien : ¿qué ha conseguido el autor con el descubrimiento de ese terrible artículo?

Nosotros, riéndonos de tan crasa ignorancia, contestaremos :

—Por medio de este ingenioso mecanismo ha conseguido el inventor que su carabina pueda matar treinta hombres por minuto, ó sea mil ochocientos por hora.

Y después de dar esta respuesta, añadiremos :

—¿Le parece á V. poco?

No es posible que el mundo niegue á ese yankee ilustre el homenaje de la admiración, rindiendo culto á un sentimiento de justicia.

Téngase en cuenta que el complicado mecanismo de su carabina ha simplificado y reducido el espectáculo de las batallas.

Sembrar un campo de cadáveres ha sido por espacio de muchos siglos una operación trabajosa y difícil ; la espada más aguda no tenía tiempo en veinticuatro horas para herir treinta veces, y jamás ha habido un brazo bastante robusto que haya podido herir durante dos horas sin rendirse.

Aquí hay, pues, un instrumento que hace en un minuto lo que antes no podía hacer el hombre en un día.

Veamos bien el caso que se nos presenta.

Dos ejércitos armados con esas carabinas se des-

trozan en un abrir y cerrar de ojos : ó el descubrimiento es casi inútil , ó cada carabina pone á treinta hombres fuera de combate , y , por esta regla , venimos á parar en que la batalla más reñida no puede durar más de un minuto.

Pónganse dos ejércitos uno enfrente de otro , armados con tan prodigioso instrumento , y que rompan el fuego , y al minuto , reduciendo los efectos de ese arma á la mitad , tendremos que cada soldado de uno y otro ejército ha puesto fuera de combate á quince enemigos.

Si la mitad es mucho todavía , redúzcase á la sexta parte , y tendremos que en un minuto cada soldado mata á cinco enemigos , y resulta que la batalla se concluye á los veinte segundos ; ó , lo que es lo mismo , que ambos ejércitos desaparecen en la tercera parte de un minuto , á no ser que uno sea cuatro veces mayor que el otro.

Aun reducidos los rápidos efectos de esa prodigiosa carabina á la sexta parte , resulta que no hay batalla que pueda pasar de sesenta segundos.

Confesémoslo ingenuamente : dos ejércitos enemigos armados uno contra otro con el cólera fulminante , no se destrozarian tanto como pueden destrozarse con esas prodigiosas carabinas.

Porque , ó de ellas se aprovechan cinco tiros de treinta , ó el ingenioso yankee no ha hecho más que inventar la carabina de Ambrosio.

De todos modos , el descubrimiento es civilizador : en el primer caso , porque reduce las guerras

á un sistema de abreviatura , que consiste en matar más gente en menos tiempo ; y en el segundo caso , se ve que si el instrumento no destroza treinta hombres en un minuto , la intención del inventor era que los destrozara.

Sea como quiera , hay en este invento algo de aquella admirable oportunidad , propia del genio , con que fué inventada la guillotina en el momento en que se preparaban los horrores de la revolución francesa.

Quando se examina el asiduo empeño con que el hombre moderno se ha consagrado á la perfección de toda clase de armas , se le ocurre á uno sospechar que la última palabra de esta civilización va á salir más tarde ó más temprano de la carabina más perfecta ó del cañón más formidable.

Parece como que toda esta ciencia , todos estos derechos , todas estas libertades , todos estos adelantos , tienen una síntesis que ha de salir del taller de algún mecánico extraordinario.

Antes se decía : la espada de Alejandro , la espada de Aníbal , la espada de César ; y podemos llegar hasta el principio del siglo , y decir : la espada de Napoleón.

Pero ya no hay espadas ; hay carabinas *minié* , fusil de aguja , cañones rayados , ametralladoras , cartuchos *la faucheux*.

Se ha perdido en gloria militar ; pero ha ganado la fuerza de las armas.

Las guerras son más sangrientas , pero mucho

más breves; lo que se pierde en sangre se gana en tiempo, y la sangre no ha sido nunca más que sangre, y el tiempo ya es oro.

Hemos llegado á la perfección auténtica de la guerra.

Cien mil cadáveres franceses y prusianos tendidos á las orillas del Rhin, dan precisamente en estos momentos testimonio de esta perfección gloriosa.



PENSAMIENTOS SUELTOS

I.

No sé si podemos ser á un mismo tiempo testigos y jueces de nuestro siglo; ignoro si en el cúmulo de derechos que hemos conquistado se encuentra el derecho ilegislable, que pone á nuestro arbitrio la facultad suprema de fallar definitivamente en causa propia.

Es posible: la soberanía de la razón, que hace de cada hombre el juez único de sus propias acciones, no puede negarnos el derecho de ser jueces de nuestro siglo.

Es cierto que todavía pesa sobre nuestra generación la práctica rutinaria de apelar á un proceso que nosotros no instruimos, y á un tribunal que sólo nos oye como simples testigos, y que aún conserva por derecho propio el privilegio exclusivo de absolvernos ó condenarnos.